

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA,
PERIODISTA

Donde no hay pan, todo es protesta... sin que nadie tenga razón



Lo que un dicho portugués reza como el título de esta columna y como tantas frases populares propicia algunas enseñanzas. En tiempos de escaseces y frustraciones dominan las quejas con motivos aunque no necesariamente con propuestas bien fundadas. Para alcanzar soluciones hay que formular las preguntas correctas para obtener buenos diagnósticos, lo cual requiere mentes lúcidas e incluso audaces, que se sobrepongan al ambiente dominante y reconduzcan el pesimismo.

Para los ciudadanos europeos estos son tiempos complicados, con desvanecimiento de expectativas y miedo al futuro. Europa vive años tumultuosos porque sus complejas instituciones funcionan con exasperante lentitud y confusión y con serias dificultades para explicar las decisiones. El caso Chipre sirve como ejemplo.

La Unión Europea se ha extendido a 27 países, de los cuales 17 comparten soberanía monetaria en un área económica con asimetrías y esquemas incompletos, pero con imposible retorno al pasado por más que algunos nostálgicos lo pretendan. La Unión Monetaria prometía estabilidad y crecimiento

sostenido pero ahora ofrece una fase de recesión que complica los pasos posteriores y que ahora resulta tormentosa y agobiante.

Los europeos han protagonizado medio siglo de éxito desde el Tratado de Roma con una convivencia en paz y progreso sin precedentes, que tropieza ahora con obstáculos internos y externos. Los primeros tienen que ver con la fatiga existencial, con el envejecimiento y la comodidad y con un complicado proceso de integración con sucesivos Tratados, a los que algunos socios hicieron salvedades. Y los segundos con una globalización que no es elegible y que impone nuevas exigencias obligando a volver a competir. El horizonte es esperanzador, la meta prometidora, pero el camino pedregoso y exigente, tanto que algunos euroescépticos renuncian y miran atrás.

Hace solo veinte años los Estados firmaron el Acta Única que suponía dar una zancada en la construcción de la catedral que debe ser la Europa en libertad y progreso.

Nuevos Tratados presididos por principios de libertad, de ciudadanos con derechos, y libertad para el movimiento sin trabas de personas y las mercancías, incluidos los capitales (que también son mercancías).

El buen desempeño y ejercicio de las libertades personales, cuya implantación ha requerido de varias revoluciones y de costosos movimientos sociales, se ha incorporado a lo cotidiano. Las libertades individuales ya no son una aspiración sino una realidad diaria, exigible, legalizada, que no hay que conquistar, sino preservar, lo cual es menos emocionante que la conquista. Maquiavelo, cuando conmemoramos el 500 aniversario de *El Príncipe*, advertía que más complicado que conquistar los reinos es mantenerlos y engrandecerlos.

Nos sirve la reflexión este año, veinte después del Acta Única y los tratados de Maastricht, y doce después de esa Carta de Derechos Ciudadanos aprobada en Niza que debe ser frontispicio de la Unión Europea que es más que la "Europa de los mercaderes" que caracterizó los primeros compases de la Unión.

Europa quiere destacar este año la idea de "derechos de los ciudadanos", precisamente en el momento más complicado de la crisis económica, en la segunda recesión sucesiva o consecutiva que pone en cuestión todo lo anterior. Vale aquí como referencia lo que escribió Ortega sobre la estrenada II República española en un artículo publicado en *Crisol* (septiembre de 1931): "Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron con el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: ¡No es esto, no es esto! La República es una cosa, el 'radicalismo' es otra. Si no al tiempo."

"No es esto..." dicen ahora muchos españoles que compartieron el sueño europeo como objetivo vital. No puede ser el paro y la recesión el resultado. Los derechos ciudadanos palidecen cuando no hay trabajo, en esa coyuntura queda la protesta y las malas explicaciones. La salida de la crisis pasa, precisamente, por la buena política que coloca a los ciudadanos en el centro, que respeta sus derechos, que les da explicaciones, pero también les exige sus deberes, precisamente porque tienen derechos reconocidos y respetados.

Con la crisis ha crecido la desafección europea, aunque la salida de la crisis pasa por más Europa, más cooperación y más ciudadanía, sin dejarse seducir por cuentos chinos.